

De Víctor Hugo a la búsqueda incesante de la mejorana: Conversación con René Rodríguez Soriano

Carlos X. Ardavín / Trinity University, San Antonio, TX

René Rodríguez Soriano vive rodeado de libros, periódicos, jazz y memorias dominicanas en un recoleto y hermoso chalet adosado en la ciudad de Miami. Desde que me abre personalmente la puerta y entro en su townhouse, constato que un país puede ser una realidad portátil, pues en la casa de René la República Dominicana lo impregna casi todo: desde la dicción pausada del escritor hasta los aromas del café recién colado. Café “Santo Domingo”, me dice al extenderme una taza humeante y deliciosa. Bebemos con parsimonia mientras hablamos de amigos comunes, de los últimos desmanes de los políticos, de novedades librescas, de los hijos, de la lluvia torrencial que cae sin piedad en este justo instante sobre la ciudad y que ha mojado la cubierta de los libros que le traigo, entre ellos, mi primer poemario. René los observa; hemos tomado asiento e iniciamos nuestra conversación. Para eso viniste, me dice con sus ojos grandes y expresivos, mientras apura su café y baja la música: el jazz, siempre el jazz. La lluvia persiste, en la ventana veo las gotas que se deslizan gruesas y céleres. Comenzamos...

—¿Cómo fueron tus inicios literarios? ¿Cómo llegaste al cultivo de la literatura? ¿Recuerdas el primer libro que leíste? —En los intensos años del bachillerato, disenter era la mejor forma de respirar y sentir que uno estaba vivo. Toda mi generación despertó una mañana ante la inminencia del estallido de una granada fragmentaria. Por la ventana entreabierto de un periodismo bisono, pudiera ser que pudiera haber entrado a la literatura. Participé en la formación de, por lo menos, cuatro periodiquitos o “caribitos” o quién sabe qué cosa. Las experiencias que junto a Manolo, Paco y José Ramón viví para editar los más de cien números de El Ananké, quizás —o sin quizás— sean los mentados inicios. El resto, probablemente ya lo habré contado por ahí. En los duros setentas del balaguerato, el que no escribía poemas malos contra la presencia norteamericana en Vietnam o la corrupción y la represión que ametrallaban la esperanza a plena luz del día cada noche, amanecía con la boca llena de moscas en las incontrolables aceras de la policía represiva del ilustrado doctor... Formalmente, y, como llegar, llegar, no creo que acierte a recordar la hora o forma de llegar a muchas partes. Mucho menos a la literatura, aunque hay recuerdos que conservo, como la tarde que acompañé a papá hasta la librería y escogí Nuestra Señora de París, de Hugo. Recordar ahora las veces que lo leí y las cabriolas que habré hecho para, a través del tiempo y las mudanzas, conservarlo conmigo... de por sí, es literatura.

—¿Qué autores y libros te marcaron y configuraron tu personalidad como escritor?

—A lo largo del camino, uno se encuentra amigos, inseparables compañeros de viaje. En principios, como vasija abierta, uno va apropiándose, bebiéndose el paisaje, el pasto y el ganado. Pasado el tiempo, limitadísima esponja, uno va quedándose con cierta agua de la que le toca, decantando hasta confirmar eso que tú llamas personalidad. Cuando comencé a publicar —poesía, como casi todos los que lo hacíamos para la época—, por fortuna o por desgracia, no me sentía tan atraído directamente por Neruda ni Vallejo. Desencontrado tal vez, volaba en otras aguas... Huerta, Girondo, Pellicer o la Beat Generation, sabrá Dios. De pronto, a bordo de La vuelta al día en ochenta mundos, el potro alado del tío Julio me transportó a mundos mágicos como los de Felisberto Hernández o el viejo Garmendia (también Julio), Borges, Macedonio... Pero el maestro, maestro, el papá de todos, Alberto Malagón, un día en la Facultad de Humanidades, me habló de Proust, de Huxley y de Joyce, por supuesto. ¿Cómo podré pagarle a mi querido profesor haberme puesto en el camino de Musil? Después, rematar en Elizondo y García Ponce, fue sólo un paso. Y, paso a paso, sigo, los sigo a ver qué aprendo.

—¿Cuándo y por qué decides dejar tu país y trasladarte a los EE. UU?

—No dejé mi país, cambié de casa. Nadie se va nunca de ningún lado, mucho menos de su tierra. Un día cambié de casa, subí más alto para abarcar más puro el aire, otear el horizonte y respirar. Salí a buscarle unas hojitas de laurel y mejorana a mamá, si alguien pregunta dirán que estoy a la vuelta nomás —dejé dicho.

—¿Cómo es la vida de un escritor dominicano en la capital del exilio cubano? ¿Qué dificultades y retos se te han presentado?

—Igual que en la capital de la supuesta ciudad más vieja del mundo, la misma gente controla los medios de comunicación, y tiene el mismo interés por la literatura y el arte. Hace falta poco esfuerzo para imaginárselo. Allá o aquí, hay olmos que paren peras. Recientemente has publicado un libro, hace más de un año escribes para Librusa y recientemente te has involucrado en la fundación de la Biblioteca Dominicana de Miami. Cuéntame cómo han surgido estas iniciativas y qué aportes o frutos han suscitado. Como buen admirador de Jack, que se respeta, prefiero ir por partes: Con Librusa me une una relación que data desde los orígenes del luminoso proyecto de mi gran amigo José Carvajal. Durante los casi cinco años que lleva la agencia en la industria, de una forma u otra, he estado involucrado en el globo. En los últimos años estuve activo en la producción de proyectos especiales, como la edición del libro de entrevistas Vanidad aparte y la producción del programa radial De libros y autores. Desde hace casi un año, además de realizar una que otra entrevista o reportaje para la agencia, mantengo mi columna semanal en el portal. La Biblioteca Dominicana es un proyecto del Consulado General de la República Dominicana en Miami, me acerqué a ellos en calidad de colaborador y, hasta el momento, se puede hablar de una hermosa idea de dominicanos en el sur de la Florida. Justo es reconocer el empeño que han puesto las actuales autoridades del Consulado —sobre todo el señor Francisco Bordas— por la proyección del pensamiento, el arte y la literatura dominicanos en ultramar. La Biblioteca Dominicana es una realidad que, en el futuro, puede ser la verdadera embajada cultural de la mediaisla de cara al exterior. La gente ha respondido al llamado y las donaciones han comenzado a llegar, seguimos esperando y poder aumentar los servicios para un público cada vez más interesado. Ojalá sigan soplando vientos propicios. Queda la música es el título del libro que recientemente presenté en las ciudades canadienses de Ottawa, Montreal y Toronto. El mismo forma parte de la Colección Senderos de la narrativa de Ediciones Baquiana. El libro estará en las librerías a mediados de junio. Por el momento, queda esperar la acogida de los lectores.

—¿Cómo ves la literatura dominicana actual? ¿Podrías mencionar a tres autores dominicanos jóvenes que estimes imprescindible leer y tener en cuenta?

—Con los ojos abiertos, por supuesto. Y muy abiertos, porque resulta que éste, como cualquier otro tema dominicano, siempre hay que tratarlo con pinzas. Por más que uno quiera, siempre hiere susceptibilidades. No sé si pasa en todos los patios, pero al dominicano no le gusta que le digan la verdad. De ahí la permanencia de ciertos hombres públicos en el poder. Sería importante, pienso yo, que alguien se propusiera un estudio profundo sobre ese discreto encanto que tiene la elusividad para el dominicano. No lo sé, pero pienso que el pez icono de la fauna marina dominicana debe ser el mentado “peje guabina”... Por lo pronto, lo recomendable, no sería recomendar la lectura imprescindible de tres autores jóvenes. Con uno bastaría, el problema es que no quiero caer en más de lo mismo. Cada cual, cada vez, desde el principio del principio mismo, ha hecho su propia

cadaunada. Lo imprescindible fuera que el país dejara por los menos por cien años de celebrar jodidas elecciones y, como decía Cortázar, “hervir la radio con las papas y a cada niño darle un cocodrilo para que huela a miedo en las escuelas...”

—¿Qué recuerdos literarios de Santo Domingo guardas en tu memoria?

—Los textos escritos a todo Brugal con mi carnal Ramón Tejada Holguín, las clases casi antológicas del doctor Rafael González Tirado y Alberto Malagón, la mudez ante el poema inmenso de Pastor de Moya y las tertulias de ...y punto! bajo el silente aullido del bocón de Montesinos.

—¿Cuáles serán, en tu opinión, los temas y orientaciones fundamentales de la literatura dominicana del siglo XXI? ¿Entonces quieres que te cuente las tramas de mis libros en preparación? ¿En qué proyectos literarios trabajas en la actualidad?

—Hay un personaje de la historia dominicana que me ha seducido de una forma extraordinaria. A través de él intento contar alguna historia de la seducción y el poder. Uno de los motivos principales de mi viaje a Montreal recientemente está relacionado con las investigaciones que realizo. Está todo muy verde todavía, trabajo en ello. Para mediados o finales de verano la editorial Imago Mundi lanzará mi libro Sólo de vez en cuando, conjunto de narraciones con una presentación del peruano Eduardo González Viaña. Y, por lo pronto, seguir escribiendo, corrigiendo y promover un poco Queda la música.

—¿Qué consejos le darías a un joven que quiere escribir y ser escritor en una sociedad como la nuestra, muchas veces ajena a las arduas tareas del intelecto y la imaginación?

—Que salga a comprarle pastillas o mejorana a su hermana o a su madre y le haga poco o ningún caso al ruido de allá afuera.

Han transcurrido casi dos horas, dos horas memorables de conversadera y cafés (¿tres, cuatro tazas?, quién sabe, ninguno de los dos lleva la cuenta). La tarde comienza a despuntar en el horizonte, el sol brilla con intensidad y la lluvia, esa lluvia iracunda e incisiva del mediodía, ha cesado en el momento en que me despido y me pierdo entre las calles atestadas de tráfico y gentes de Miami. Todavía resuenan las últimas palabras del escritor en mi mente cuando doblo en el semáforo de la avenida 107 y dejo en la distancia la zona residencial en la que habita y en la que escribe, poseído de pasión y contra toda desesperanza y ruido, René Rodríguez Soriano.

(Librusa.com 2003)